



**KARIN
SLAUGHTER**
LA BENDICIÓN

La bendición

Karin Slaughter
Traducción de Juan Castilla Plaza

Título original: *The Blessing of Brokenness*

© Karin Slaughter, 2012

Primera edición en este formato: abril de 2014

© de la traducción: Juan Castilla Plaza

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona.

info@rocaebooks.com

www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-9918-851-5

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

LA BENDICIÓN

Karin Slaughter

Una fábula trepidante acerca de la influencia de la religión en nuestras vidas y de cómo llegamos a cruzar límites inimaginables.

Mary Lou Dixon trabaja para la Iglesia Bautista de Cristo. Es la encargada de supervisar la reparación de la cruz del altar para que esté lista antes de Navidad. Pero, de repente, las cosas se tuercen y empiezan a ir terriblemente mal.

ACERCA DE LA AUTORA

Karin Slaughter es autora de varias series superventas de novelas criminales situadas todas ellas en el sur de los Estados Unidos. Como buena residente de Atlanta que es, divide su tiempo entre la cocina y la sala de estar. *El número de la traición* y *Palabras rotas* (de la serie protagonizada por Sara Linton, Will Trent y Faith Mitchell) han sido publicadas también por **Rocaeditorial**.

La bendición es una de las tres novelas cortas que Rocaeditorial ofrece a los lectores de Slaughter solo en formato digital. Las otras dos son *Un corazón helado* e *Intuición*.

www.karinslaughter.com

www.leonovelanegra.com

ACERCA DE SUS OBRAS

«Quítate de enmedio, Catherine Coulter... Slaughter es, probablemente, la mejor novelista de suspense de hoy en día.»

LIBRARY JOURNAL

«De un realismo avasallador. Slaughter escribe con confianza y pasión.»

WASHINGTON POST

Mary Lou Dixon estaba sentada en el banco delantero de la iglesia baptista del Santo Cristo, con la mirada levantada, contemplando cómo bajaban poco a poco la enorme cruz que colgaba sobre el púlpito. Jugeteaba nerviosamente con la pulsera de su muñeca mientras la cruz, que le había parecido demasiado pequeña cuando colgaba del techo, se iba haciendo cada vez mayor a medida que descendía delante de ella como un pájaro herido.

—Dejadla ahí un momento —ordenó el capataz.

Los tres hombres que trabajaban con las poleas se detuvieron, y la cruz se balanceó en el aire. El brazo derecho, partido casi por la mitad, y que colgaba apenas de unas cuantas astillas de madera, golpeaba de forma amenazadora contra el costado. El golpeo le recordó a un reloj que marcara la hora.

—Poco a poco —dijo el capataz, utilizando las manos para indicarles cómo debían hacerlo.

De los cuatro hombres que formaban la cuadrilla, era el único que hablaba inglés. Los demás, que eran mexicanos, tenían dificultades para entender las órdenes que les daba. No obstante, finalmente, parecieron entenderle, ya que la cruz empezó a descender de nuevo y terminó sobre el estrado enmoquetado.

Los mexicanos doblaron la rodilla. Mary Lou se preguntó si ese gesto resultaría apropiado en la iglesia baptista del Santo Cristo de Lahar, de Georgia. La cruz era un mero objeto de madera, sin la figura de Jesús, pero pulida con tanta delicadeza que brillaba con el sol de la mañana. No se parecía en nada al objeto ornamental que la mayoría de los católicos veneraban, si es que se podía llamar de tal modo a eso que hacían. La verdad es que ella no tenía ni la menor idea. Mary Lou había pertenecido a la Iglesia del Cristo en Santidad durante los últimos veinte años, y antes de eso a la del Señor y Salvador, que estaba dos pasos por debajo de la Primitiva y uno por encima de la manipulación de serpientes.

Había muchos contratistas que asistían a la iglesia, pero ninguno de ellos se ofreció voluntario para realizar aquella tarea. Bob Harper, que había sido diácono durante los diez últimos años, tenía su propia empresa de construcción, pero haberle dado el trabajo habría costado quinientos dólares más que si se encargaban de él aquel hombre negro y su cuadrilla. Además, dijo que, en el fondo, no le salía a cuenta. Mary Lou le respondió que Jesús, por suerte, no había pensado lo mismo de la crucifixión, pero él no se dejó intimidar por su comentario.

Por eso estaba allí, con aquel capataz ateo y sus mexicanos católicos, intentando reparar la cruz antes del Domingo de Resurrección sin la ayuda de ninguno de los hombres de la congregación.

Eso se había convertido en algo rutinario en los últimos tiempos. Los feligreses hacía mucho que no se ofrecían voluntariamente para realizar las labores de mantenimiento ni enviaban cartas para recoger dinero para los misioneros extranjeros. Tampoco visitaban a los enfermos hospitalizados ni querían realizar ejercicios espirituales si no se les garantizaba que dispondrían de una piscina y de,

prácticamente, un hotel de lujo donde alojarse. Las dos últimas manifestaciones en contra del aborto se habían suspendido porque el parte meteorológico anunció que llovería en Atlanta, y nadie quería mojarse.

—¿Señora Dixon? —preguntó el hombre negro.

Ella sabía que se llamaba Jasper Sanders. Era un tipo de piel oscura, que sudaba copiosamente por la calva, a pesar de que el aire acondicionado de la iglesia estaba en marcha. Su forma de sudar resultaba un tanto sospechosa, como si no tuviese buenas intenciones. No había hecho ningún esfuerzo, salvo estar de pie y dar instrucciones a sus hombres, pero, aun así, sudaba como si hubiese corrido una maratón. Aunque Mary Lou no le había quitado la vista de encima desde que entró en la iglesia, seguía sin confiar en él.

—¿Señora? —repitió.

—Dígame —respondió Mary Lou, moviéndose en el incómodo banco. Se llevó la mano al estómago, tratando de calmarlo e intentando serenarse.

El hombre se acercó hasta ella, bajando las escaleras del estrado. No había necesidad de hacerlo pues le oía perfectamente, pero continuó avanzando hasta que estuvo apenas a un metro, delante de ella, como si quisiera intimidarla.

Mary Lou se irguió, intentando mantener la tranquilidad. Era un hombre alto, y se echó sobre ella de tal forma que deseó encogerse.

—Lo lamento —dijo el capataz, que sonrió mientras se apoyaba sobre una rodilla delante de ella.

Mary Lou agradeció el gesto. Al ver que no estaba dispuesta a admitir que se sentía incómoda por su presencia, Jasper actuó como actuó.

—¿Qué sucede? —preguntó Mary Lou, un tanto irritada.

Aquel hombre había sufrido algunas quemaduras no hacía mucho. Al verlo de cerca, le pareció que su cara tenía un aspecto sintético, pues tenía la piel tirante de forma antinatural, con unas manchas alrededor de las mejillas. Visto desde lejos, parecía que alguien le hubiese pintado el rostro como a un payaso. No tenía ni cejas ni pestañas, por lo que sus ojos parecían estar siempre sorprendidos. También tenía las manos quemadas, pero allí, al contrario que en la cara, su piel estaba arrugada, como si se le hubiese caído de los brazos. A pesar del calor que hacía, llevaba una camisa de manga larga, con los puños ajustados alrededor de las muñecas, ocultando lo que Mary Lou imaginó que sería un espectáculo aún más horrible del que ya mostraba.

Su aspecto no era algo que pasase desapercibido. Por eso, la primera vez que se vieron, aunque ella no le preguntó, Jasper le explicó que había sufrido un accidente de tráfico en el que su vehículo explotó. Su mujer y su hijo se quemaron vivos. Él había salido con vida de milagro. Tuvo que someterse a varias operaciones para curarse el cuerpo, pero otra cosa era la mente. Los recuerdos de aquella noche aún seguían atormentándole; nunca se libraría de ese sentimiento de culpa por lo que había hecho. Mary Lou supuso que conducía ebrio cuando tuvo el accidente, aunque no lo mencionó.

Lo más asombroso de su aspecto eran sus labios. Tenían un tono rosado antinatural, además de un aspecto delicado, más propio de una jovencita que de un hombre de color sin ningún vello en el rostro. Relucían y parecían completamente nuevos, como si se los hubieran hecho hacía poco. Teniendo en cuenta el resto de sus quemaduras, probablemente fuese así. Mary Lou había visto en televisión que a un niño le habían reconstruido una oreja a partir del lomo de un ratón, así que dedujo que podrían hacer otro tanto con los labios. Ahora que lo pensaba, vio que eran del mismo color rosa brillante que la nariz de un ratón.

—La dejaremos aquí —dijo—, y después de comer la llevaremos al aparcamiento.

Mary Lou miró su reloj y luego a Jasper. Él pareció captar el mensaje, porque añadió:

—Los hombres trabajan mejor con el estómago lleno.

—No me diga —respondió Mary Lou, tratando de que el tono de su voz no mostrase su desaprobación.

—No ha resultado tan difícil como pensaba —dijo Jasper, como si eso supusiese algún alivio para ella.

—Me alegro —contestó Mary Lou, preguntándose si eso significaba que le cobraría menos. Por la mirada que le dirigió, vio que le había leído el pensamiento.

—No obstante, aún nos queda mucho que hacer.

—Usted me prometió terminarla para el domingo —replicó ella mostrando cierta inquietud.

Solo con verlo podía saber que no era el tipo de persona que iba a misa los domingos. Había algo en él que le hacía desconfiar; si la decisión hubiese dependido de ella, habría contratado a Bob Harper. Quinientos dólares de más era una diferencia muy pequeña por contratar a alguien que estaba interesado en su propia salvación.

Jasper la miró durante más rato del necesario, como si tuviera algo que añadir. Ella enarcó las cejas, instándole a que prosiguiera.

—Quisiera darle las gracias por haberme ofrecido este trabajo, señora. Últimamente casi nadie me da una oportunidad, y se lo agradezco, de corazón.

Ella asintió casi imperceptiblemente, desconcertada por su franqueza.

Jasper continuaba mirándola, como si fuese a preguntarle algo serio.

—¿Se encuentra bien, señora? —dijo con tono de preocupación.

—Me sentiré mejor cuando la cruz vuelva a estar en su lugar.

Él se dio una palmada en la rodilla al levantarse.

—No se preocupe. La pondremos con tiempo de sobra —le prometió, dibujando una sonrisa. Sacó un pañuelo blanco y se secó la sudorosa calva. Luego dijo algo en español a los trabajadores y todos se marcharon rápidamente, mostrando más diligencia que la exhibida en el trabajo.

Mary Lou volvió a acomodarse en el banco, buscando una postura más cómoda. Su despacho estaba encima de la vieja capilla, convertida ahora en gimnasio, pero allí el aire acondicionado dejaba mucho que desear. De no ser porque no podía permitirse el

lujo de perder otro día de trabajo, se habría quedado en casa descansando, cosa que necesitaba, y mucho.

El espacio que había dejado la cruz hacía que la capilla pareciese mucho más vacía que antes. Cómo se había partido era un misterio. Un domingo, un feligrés dijo que parecía «pasarle algo», por lo que Mary Lou y el pastor Stephen entraron después del servicio y estuvieron observándola hasta que casi se desnucan, tratando de descubrir cuál era el problema. Estaba un poco desequilibrada por el lado derecho, aunque desde aquella distancia no se podía distinguir por qué.

Una semana después, Mary Lou estaba en su despacho metiendo las cartas en los sobres cuando Randall, el guardián de la iglesia, entró bruscamente en la oficina balbuciendo algo sobre una señal de Dios. No era la primera vez que aquel hombre, bebedor habitual, afirmaba tener visiones de ese estilo, pero, como le apetecía estirar las piernas, Mary Lou le hizo caso y le siguió hasta la capilla, donde vieron que la cruz estaba inclinada hacia un lado. Mientras la contemplaban, oyeron un fuerte crujido que retumbó en la estancia, seguido de un prolongado y débil gemido, como si el mismo Jesús estuviese en la cruz y le estuvieran arrancando el brazo del cuerpo. Aún podía ver aquella imagen a cámara lenta: el brazo de la cruz rompiéndose, los cables retorciéndose y doblándose por el peso. A veces, durante la noche, oía aquel terrible gemido de la madera al resquebrajarse, y empezaba a sudar de forma descontrolada, como si la rotura de la cruz hubiese tenido algo que ver con ella.

Cuando era una niña, su tío Buell había sido lo que se llama un ministro laico, lo cual significaba que, aunque no hubiese sido ordenado especialmente por Cristo, se dedicaba a enseñar la Biblia. El número de sus seguidores disminuyó con el tiempo, pero siempre contaba con un grupo de personas que escuchaban sus enseñanzas.

Los miércoles y los domingos acudían entre diez y veinte personas al sótano de su casa para escuchar a Buell hablando sobre la palabra de Dios. Su tema favorito era la insidia del pecado. Según decía, el pecado era una carga muy pesada que podía quebrantarnos de una forma o de otra. Un hombre bueno podía convertirse en un maltratador de su esposa. Una buena mujer podía darse a la bebida. El pecado tenía muchas formas de quebrantar nuestro interior, abriendo una brecha que facilitaba la entrada de más pecados y más maldad en nuestra alma. Dependía del pecador salir en busca de Jesús, solicitar su redención y su ayuda para convertirse de nuevo en un ser íntegro. Dios jamás castigaba a un pecador con más saña de la que pudiera soportar, afirmaba Buell. Ese había sido su regalo: jamás te llevaba a un estado del que no pudieras salir. En todo momento, incluso al final de la vida, Dios te concedía la oportunidad de redimirte.

—Solo Dios puede volver a unirnos una vez que nos hemos quebrantado por el pecado —predicaba Buell—. Esa es la bendición del quebrantamiento.

Al oír pasos en el vestíbulo, Mary Lou se giró en el banco. El pastor Stephen entró en la capilla, con las mangas de la camisa remangadas y las manos metidas en los bolsillos. Stephen Riddle era justo lo contrario que su tío Buell. Sus sermones no

trataban del esfuerzo por redimirse, sino del hecho de estar bendecidos por la posibilidad de esa redención. No había ningún peso ni problema del que Jesús no pudiera librarnos. La admonición preferida de Stephen era que eso de preocuparse constituía un pecado, mientras que la recomendación de Buell al final de cada servicio era la de marcharse a casa para que cada cual reflexionara sobre su vida y así se diera cuenta de qué estaba haciendo mal e intentara corregirlo.

Por esa razón, a Buell jamás le faltaban voluntarios que se ofreciesen para realizar las tareas incluso más nimias, mientras que Stephen Riddle prefería ver derrumbarse la iglesia ante sus propios ojos que pedir ayuda a los feligreses.

—Qué calor hace —dijo Stephen—. ¿Va todo bien?

Mary Lou asintió, notando una gota de sudor en el labio superior. Deseaba tanto marcharse a casa y echarse en la cama que casi podía sentir las sábanas sobre su cuerpo. Sin embargo, ya había agotado sus días de baja y no podía permitirse el lujo de perder más dinero. Aunque creía que a Stephen le preocupaba sinceramente su salud, también sabía que, si se marchaba antes de lo previsto, se lo descontaría del sueldo. Después de lo que había pasado entre ellos, debería tener cierto poder sobre el predicador, y podría ejercerlo de la forma que se le antojase. Sin embargo, por alguna razón desconocida, no lo hacía.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó el pastor señalando el espacio vacío encima del púlpito—. ¿Estás satisfecha con los trabajadores?

Mary Lou le dio una excusa por no haber trabajado la mayor parte del día:

—Hay que estar muy pendiente de ellos.

—Creo que has adelgazado algo —replicó él dibujando una sonrisa tensa.

—Sí —respondió ella, omitiendo que no era algo, sino bastante, ya que la comida no le sentaba nada bien últimamente. Todo lo que comía le caía como una piedra ardiendo que parecía quemarla por dentro.

Stephen asintió y encogió la cabeza. Ella se percató de que quería añadir algo, pero no estaba dispuesta a ponérselo fácil. El pastor dibujó una mueca con los labios, y Mary Lou vio que la miraba de reojo. Estaba observando la pulsera que llevaba en la muñeca.

Stephen levantó la mirada y esbozó una sonrisa penosa. Le observó mientras se acercaba a la cruz y ponía la mano sobre ella con cierta reverencia. Pasó los dedos por encima de la madera, con más delicadeza de lo como había hecho con Mary Lou. Ella pensó en su esposa, Anne Riddle, y un enorme odio brotó en su interior.

—Está muy limpia —murmuró el pastor con una voz tan baja que tuvo que esforzarse para oírle.

Mary Lou no mencionó que no la habían limpiado. Se limitó a asentir e intentar sonreír cuando la miró.

—¿Cómo le va a Pud?

—Todavía está en la escuela —respondió ella.

—¿Has arreglado el tejado?

Mary frunció el ceño, pensando en todo el dinero que le costaría repararlo.

—¿Crees que hoy podremos enviar esos folletos? —preguntó Stephen, en referencia a los catálogos en contra del aborto, el sustento de la iglesia.

Su lista de direcciones era una de las más extensas del estado, e incluía a personas de tan lejos como Michigan, que contribuían a la causa. Eso era lo que le había impulsado a ir esa mañana a la iglesia, pues no se sentía capaz de seguir metiendo más folletos de colores en los sobres sin lesionarse las muñecas. Habían pasado tantos por sus manos que se ponía enferma con solo recordar la fotografía que aparecía en ellos: un feto cortado por la mitad, con la cabeza herida por algún instrumento punzante y abyecto, debajo de un titular que decía: «¿No quieres salvarme la vida?».

—¿Mary Lou?

Ella negó con la cabeza, incapaz de añadir nada más. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero no lloraba por él.

—Mary Lou —repitió, pero ella le hizo un gesto para que la dejase en paz, haciendo tintinear la ridícula pulsera que llevaba en la muñeca.

Stephen permaneció unos instantes dubitativo, sin saber qué hacer, pero finalmente se marchó. Mary Lou oyó sus pasos mientras se alejaba, emitiendo al principio un sonido sordo en el pasillo enmoquetado, y luego un agudo chancleteo en las losetas del vestíbulo. A Stephen, eso de marcharse se le daba mucho mejor que a la mayoría de los hombres.

Brian, el exmarido de Mary Lou, había permanecido a su lado diez años más de la cuenta. La culpa, sin embargo, fue sobre todo suya, pues sabía perfectamente que durante un tiempo la estuvo engañando. No es que se fuera de juerga día sí y día también, pero no era un hombre bueno. Sin embargo, lo que Buell le había dicho sobre las mujeres divorciadas aún le rondaba por la cabeza. Por eso esperó hasta que Brian tomó la decisión. Y él la había odiado por eso, al igual que su hijo. Ambos la consideraban una persona débil, una especie de saco de boxeo capaz de soportar todo tipo de abusos.

Pud era peor. No es que viese a su hijo como un «pendejo».¹ Ella le había bautizado con el nombre de William, pero él había rechazado que se dirigiesen a él llamándolo Willy o Bill. Pendejo, fue el apodo que él mismo se puso dos años antes, cuando entró en la pubertad y empezó a escuchar música rap. Ella observó cómo se transformaba en una persona totalmente diferente, una especie de seudonegro con el pelo rubio y trenzado, y que llevaba la ropa tan holgada que parecía una húmeda bolsa de papel pinchada en un palo. Su forma de hablar cambió tanto que ella no entendía ni una palabra de lo que decía, y no paraba de cantar aquella horrible música repitiendo constantemente «negrata» esto y «negrata» lo otro, una palabra que ella jamás había utilizado en su presencia y que la avergonzaba cada vez que la escuchaba de su boca. Aunque resultase completamente ilógico, William no soportaba a los negros. No dejaba de hacer comentarios despectivos sobre ellos, a pesar de imitarlos en todo.

La sonrisa que le había puesto William a Mary Lou cuando le pidió que le llamase «Pendejo» hizo que sintiese ganas de abofetearle por primera vez en la vida. Dibujó una sonrisa pícaro, como si ella fuese una ignorante que no supiese que «tocarse el pendejo» significaba, coloquialmente, masturbarse. Mary Lou había sido profesora interina durante los primeros años de la vida de William, y había oído palabras peores que esa en la sala de profesores.

Su principal problema con William era su ira, aunque no sabía a qué se debía tanta furia. Brian lo había malcriado, hasta el punto de que para ella resultaba engorroso que lo viesen con él en público. Según Brian, William no pedía nada del otro mundo. Cualquier cosa que quisiese su hijo, él se lo daba. Unas zapatillas de deporte de doscientos dólares y un monopatín de ochenta, que William solo había usado en una ocasión, eran motivo de sobra para que él le diese menos dinero para la manutención de su hijo. Siempre estaban discutiendo por eso, y siempre terminaban de la misma forma: Brian gritando y Mary Lou llorando porque contenía tanto su rabia que solo podía desahogarse con aquellas lágrimas. Además, la manutención no era lo único que se negaba a pagar. La casa tenía tantas goteras que cuando llovía no había suficientes cubetas para recoger el agua. Por mucho que limpiase, el moho salía por los armarios de la cocina y se extendía por todos lados, por lo que entrar en su casa era como adentrarse en un almacén de pan rancio.

Oyó ruido de martilleo fuera. Mary Lou se desplazó hasta el borde del banco para poder levantarse. Por primera vez pensó en visitar al médico, pero, después de calcular rápidamente el escaso dinero que le quedaba en la cuenta bancaria, vio que no podía permitírselo, aunque enviase a William a comer a casa de su padre.

Se puso las manos en los muslos y se ayudó para levantarse, emitiendo un gemido al hacerlo. El sudor le corría por la espalda. Intentó pensar en algo frío para contrarrestarlo. Recordó los ejercicios espirituales a los que asistió las pasadas Navidades.

La estación de esquí más cercana en el sur (aunque tuviesen que echar nieve en la montaña casi todos los días para que la gente pudiese deslizarse con sus esquís) estaba en Gatlinburg, Tennessee. Brian no se negó a quedarse con William durante una semana, algo que de por sí resultaba un milagro, pues casi siempre se oponía a sus deseos.

No había ido a Gatlinburg porque tuviese ganas de esquiar, ya que Mary Lou, además de ser una mujer robusta, nunca había sido muy aficionada a los deportes ni a las actividades al aire libre. Lo único que le apetecía era sentarse delante de un buen fuego y leer un libro con los pies en alto. Por la noche, cenaría con los demás miembros de la congregación, y luego charlarían durante un rato. Aquello era una suerte de retiro espiritual para personas solteras. Mary Lou, que hacía poco se había divorciado, cumplía con ese requisito, aunque no había ido con la intención de conocer a nadie. Su vida ya era demasiado complicada como para enredarse con otra persona.

Stephen Riddle no era ni mucho menos una persona nueva en su vida, pues siempre lo había considerado su consejero y amigo de confianza. Anne, su esposa, también era una de sus amigas más íntimas. Mary Lou había asistido a algunas fiestas de cumpleaños de sus hijos, e incluso la ayudó a limpiar la casa cuando falleció el padre de Anne. El hecho de que Stephen terminara en su habitación la tercera noche de aquel retiro aún la sorprendía. Subieron a la planta superior con el pretexto de hablar a solas. Mary Lou sabía que Brian no había permitido que William fuese sin esperar algo a cambio, y probablemente aquella gentileza por su parte conllevaría una reducción de su manutención a final de mes, pues se comportaba como si no fuese hijo suyo, como si la responsabilidad de que asistiese a la escuela y tuviese un techo, aunque fuera uno con goteras, recayese solo sobre ella.

Stephen se mostró muy amable y comprensivo con sus problemas, y, cuando se le acercó de forma más íntima, ella le dejó hacer. Cuando sus caricias se hicieron más insistentes y percibió que se excitaba, Mary Lou se comportó como si estuviese aturdida. El sexo con Brian jamás había sido placentero, y, aunque había leído mucho sobre el orgasmo en las revistas femeninas, jamás había esperado poder experimentarlo. Stephen tampoco había sabido proporcionárselo, pero la reconfortaba sentir sus abrazos, su sólido cuerpo encima de ella, ver su rostro gesticular de placer mientras ella gemía y se mordía el labio para no gritar.

Stephen había confundido ese sentimiento con el ardor. Aquella noche se había marchado sigilosamente a su habitación por si acaso su esposa le telefoneaba, pero la noche siguiente volvió a llamar a su puerta. Ella le dejó entrar, excitada en parte por la forma tan atrevida en que se estaban comportando. Mary Lou nunca había actuado de manera tan lasciva en su vida. Sentía cierto placer al cometer ese pecado cardinal: no solo practicar el sexo, sino hacerlo con un hombre casado, que, además, era su pastor.

Durante las noches siguientes, se sintió como una mujer perversa, una adúltera. Por eso, cuando Stephen le propuso hacer algunas cosas que deseaba, experimentar con nuevas posturas, ella le instó a que lo hiciese. Cuando se vio apoyada sobre los codos, con el trasero levantado como si fuese una perra en celo, los pechos colgando y el estómago chocando contra sus muslos, le animó a que continuase, pensando de forma perversa que, de alguna manera, merecía ser degradada hasta tal extremo.

La última noche que estuvieron juntos, él le regaló aquella pulsera. Era una joya barata pero bonita, de las que normalmente regalan los padres a sus hijas. No tenía adornos religiosos, como había temido, sino algo idílicos: una oveja, una vaca, un poni. Animales, pensó ella, dándose cuenta de lo apropiado que resultaba aquel regalo teniendo en cuenta cómo se habían comportado durante aquella semana. Luego se percató del propósito del regalo. Stephen le estaba dando a entender que su relación se había acabado, que cuando regresasen a Lahar eso ya no volvería a suceder. Lo supo sin necesidad de que él le diese explicaciones, pues no era ninguna jovencita. Además, nunca había sido guapa, y ni siquiera en su juventud había sido el tipo de mujer por la cual un hombre abandonaría a su esposa, y mucho menos un predicador.

Cuando se echó a llorar, él la abrazó y la consoló con besos mucho más cálidos de los que le había dado durante aquellos días. Eso hizo que llorara aún más, pero no por el hecho de perderle, sino por el cariño que no le había proporcionado aquella semana. Lloró desconsoladamente, y odió a su mujer porque sabía que ese cariño siempre lo reservaría para su esposa, no para ella.

—¿Señora? —dijo alguien, sacándola de sus pensamientos.

Era consciente de que tenía las mejillas sonrojadas, como si la hubieran sorprendido cometiendo alguna travesura, algo que, de alguna forma, era cierto. Como siempre había dicho Buell, ningún acto malo queda impune.

—¿Qué desea? —respondió ella, girándose para mirar a Jasper, que estaba a su espalda, pasándose por la cabeza el ya no tan limpio pañuelo.

Mary Lou vio a los mexicanos detrás de él, esperando sus órdenes.

—Vamos a empezar.

Ella asintió, con la mano en el respaldo del banco, tratando de deducir a qué se refería. Ah, sí, la cruz.

Miró su reloj, como si tuviese algo importante que hacer.

—¿Cuánto tardarán?

—Unos diez minutos—contestó Jasper mirando a los mexicanos.

—¿Están en el aparcamiento del norte? —preguntó Mary Lou, a pesar de haber visto allí el camión y las herramientas, tal como ella les había indicado.

—Sí, señora —respondió Jasper, asintiendo luego a los trabajadores.

Mary Lou observó cómo los mexicanos levantaban la cruz, que parecía más pesada de lo que había imaginado, aunque también cabía la posibilidad de que estuviesen fingiendo un gran esfuerzo. Tuvieron que emplearse a fondo para levantarla lo suficiente y llevársela. Mary Lou se preguntó si Jesucristo habría armado tanto alboroto para subir la puñetera cruz a lo alto de la montaña.

—Unos diez minutos —repitió Jasper.

Ella hizo un gesto de asentimiento, el mismo que le había hecho a Stephen pocos minutos antes.

Después de que los hombres se marcharan, Mary Lou pensó en sentarse de nuevo, pero sabía que, si lo hacía, luego le costaría aún más trabajo volver a levantarse. Por eso se acercó hasta la ventana y se quedó observando a los hombres mientras sacaban la cruz al patio y la llevaban hasta el aparcamiento. Habían dispuesto seis caballetes en forma de cruz. Jasper se aproximó para colocarlos debidamente mientras ponían la cruz encima de ellos. Mientras lo hacía, sostenía con una mano el brazo derecho, que estaba roto, empujando los caballetes con los pies y ajustándolos con la mano que le quedaba libre. La ventana de la capilla estaba en una posición más elevada que el aparcamiento, por lo que Mary Lou podía ver bien lo que estaban haciendo. Ahora que la volvía a ver de lejos, la cruz le parecía de nuevo más pequeña. Esa era una de las ventajas de la distancia: las cosas se veían más pequeñas. Cuando Mary Lou pensaba en Gatlinburg, por ejemplo, lo que había pasado allí parecía algo nimio. Sin embargo,

lo ocurrido después parecía mucho mayor, pues había terminado justo la semana pasada.

Soltó un bufido desdeñoso al pensar en la terminología. La semántica acabaría con ella. Mary Lou, por ejemplo, no podía llamar «aventura» a la relación que había mantenido con Stephen. La expresión «echar una cana al aire» resultaba más apropiada, ya que hacía que se sintiera más inútil, como si él la hubiese usado y luego la hubiera tirado como un calcetín sin pareja. Ella, sin embargo, se había comprometido, y ese acto (o mejor dicho, esos actos, pues habían sido más de uno), a su vez, había comprometido su espíritu.

El tío Buell solía decir que una mujer puede correr más rápido con la falda levantada que un hombre con los pantalones bajados, pero se había olvidado de mencionar que, cuando ambos dejaban de correr, la mujer era la única que sufría las consecuencias. Mary Lou estaba convencida de que Stephen Riddle había rezado pidiendo perdón, y se lo habían concedido. Ella, sin embargo, había rezado pidiendo redención, pero, a cambio, el Señor le había dado un hijo.

Las menstruaciones de Mary Lou siempre fueron muy erráticas. Además, trabajar en la iglesia con Stephen, codo con codo, y tener que ir casi todas las semanas a la escuela para pedirles que no expulsasen a William le habían arrebatado tanta energía que no se percató de que llevaba meses sin derramar ninguna sangre en el váter. Por otro lado, era una mujer corpulenta; así pues, cuando el estómago empezó a aumentar de tamaño, pensó que se debía al exceso de comida y a la falta de ejercicio.

No obstante, había una parte de ella que presentía algo, ya que, cuando decidió visitar al médico, no fue a ver al doctor Patterson, que se había encargado del parto de William, sino a un nuevo doctor que estaba dos ciudades más allá y que acababa de empezar a ejercer.

—¡Felicidades! —le dijo el médico cuando ella le llamó para que le diese los resultados. Luego le proporcionó una lista muy larga de vitaminas que debía tomar, le dio el nombre de una buena comadrona y le recomendó un hospital donde parir.

Mary Lou había anotado esos detalles en un montón de sobres que había al lado del teléfono del despacho de la iglesia. Esperaba que nadie entrase allí. Durante unos segundos, pensó horrorizada que el teléfono quizás estuviera intervenido, pero luego llegó a la conclusión de que eso costaría demasiado dinero.

—¿Qué puedo hacer? —le preguntó hablando en voz baja por si había alguien detrás de la puerta—. ¿Hay alguna otra opción?

Cuando dijo aquellas palabras, sabía perfectamente a qué se refería. Se había pasado todo el día metiendo los catálogos en aquellos sobres blancos y arrugados; una y otra vez, la misma fotocopia de color de aquel retorcido niño. Después les pegaba un sello de la lista de correos nacional, y luego corriendo hasta la oficina de correos para que las cartas llegasen lo antes posible.

—Señora Riddle —respondió el médico utilizando el nombre que le había dado—, creo que no me entiende. Usted ya está en el tercer trimestre.

—Sí —respondió ella sin entender.

El médico le habló con un tono muy altivo.

—El aborto durante el tercer trimestre es ilegal en el estado de Georgia, señora Riddle.

Luego añadió que no tendría tiempo para verla, por lo que le recomendó otro médico de la ciudad.

Durante un buen rato, Mary Lou mantuvo la mano sobre el auricular, después de haber colgado. Las palabras de aquel hombre la habían consternado. Los abortos durante el tercer trimestre eran comunes en Estados Unidos. Todo el mundo lo sabía. De hecho, tenía más de tres mil folletos encima de la mesa de su despacho que mencionaban casos en todo el mundo en los que se les practicaba el aborto a fetos, en realidad niños, pinchándoles el cráneo para que muriesen y absorbiendo su cerebro mediante tubos pequeños.

Mary Lou cerró la puerta y se sentó en el suelo, detrás de la mesa, con la guía telefónica de Atlanta en las manos. Con cierta frecuencia, la congregación organizaba manifestaciones de protesta. Los feligreses se subían al autobús de la iglesia y, a menos que la lluvia se lo impidiera, montaban piquetes delante de las clínicas donde se practicaba el aborto en Atlanta. Llevaban pancartas que decían: «¡ASESINOS!» y «DEJAD DE MATAR NIÑOS».

Mary Lou telefoneó a esas clínicas. Después de que le respondieran de la misma forma que aquel médico, buscó en las páginas amarillas algún ginecólogo que estuviese dispuesto a ayudarla. Los médicos judíos ocupaban el primer lugar, seguidos de un par que parecían de origen polaco, y luego había un hispano. Cuando llamó a este último, le respondió una mujer que apenas hablaba inglés, aunque sí lo bastante como para decirle que lo que le estaba pidiendo no solo iba en contra de la ley, sino contra Dios.

Cuando terminó de llamar a todas esas clínicas sin conseguir nada, recurrió a los lugares más obvios, a esas clínicas que incluían en sus nombres la palabra «mujeres», y después a los centros «feministas». En todos ellos le respondieron claramente que no podían llevar a cabo ese procedimiento. Una mujer que pareció mostrar cierta empatía con ella le dijo que en algunos estados se practicaba el aborto en una fase tan avanzada como la suya, pero debían tener pruebas claras de que la vida de la madre corría un serio peligro.

Mary Lou había reflexionado sobre esa frase, pensando que su vida estaba en peligro, pues no podría seguir trabajando en la iglesia si se convertía en madre soltera. Además, apenas tenía dinero para que comiesen William y ella, por lo que le resultaría imposible alimentar a un bebé. También carecía de seguro médico. Visitar al doctor que estaba al otro lado de la ciudad ya le supondría tener que alimentarse de sándwiches de mantequilla de cacahuete y gelatina durante las dos próximas semanas.

Luego trató de justificarse. Ella no era una adicta al crac ni el tipo de mujer que utilizaba el aborto para controlar la natalidad. Tampoco era la clásica prostituta que no

tenía tiempo para criar a un bebé. A ella le encantaban los niños. De hecho, una vez al mes se ofrecía voluntaria para la guardería de la iglesia.

Stephen se quedó sorprendido cuando le pidió un día libre. Mary Lou tenía derecho a un determinado número de días de baja, pero en los diez años que llevaba trabajando en la iglesia solo había faltado en raras ocasiones. Aun así, la miró y respondió:

—De acuerdo, pero que no se convierta en una costumbre.

En aquel momento debería haber hecho algún comentario sobre su aventura, ya que eso le habría concedido cierta ventaja, pero ambos sabían que no lo haría. La iglesia era lo único que tenía. Literalmente, era toda su vida. Ella trabajaba allí, rezaba en aquel lugar. Pasaba más horas en la iglesia que en su propia casa. Sabía de sobra que si su aventura llegaba a salir a la luz, nadie culparía a Stephen. Incluso cuando Brian la había dejado, engañándola tan descaradamente que hasta su madre lo calificó de despreciable, los demás la culparon a ella. ¿Qué había hecho para que se descarriase? ¿Era una buena esposa? La culpa no recaía en Brian, pues todos le consideraban un buen hombre que cuidaba de su familia.

Y lo mismo pasaría con Stephen. No solo era un hombre casado y que tenía dos hijos adorables, sino un siervo de Dios. Stephen Riddle había estudiado en el Seminario de Columbia, en Atlanta, y se había doctorado en estudios bíblicos. No era el tipo de hombre al que se le podía reprender por ese tipo de cosas. Mary Lou, que conocía bien a las personas de su congregación, sabía que sus feligreses le querrían todavía más por haberse visto ante semejante prueba y, aun así, haberse mantenido leal a su familia. Podía incluso imaginar las palabras que pronunciaría para justificarse y compartir la culpa: «Olvidémoslo, dejemos a Dios», o algo parecido.

—¿Eso es todo? —le había preguntado él.

Mary Lou no pudo decir nada más, salvo asentir y ver cómo bajaba la mirada, para luego seguir leyendo la Biblia que estaba utilizando para preparar su sermón. Le hizo un gesto con la parte superior de la cabeza para indicarle que se marchara.

La clínica de Atlanta estaba un poco escondida, pero Mary Lou había ido allí las suficientes veces como para encontrarla sin problemas. Había conducido hasta aquel lugar en varias ocasiones, acompañada de entre veinte y cincuenta personas, la mayoría mujeres, portando pequeñas neveras, sándwiches y termos de café, como si fuesen niños yendo de excursión en lugar de piquetes que intentaban evitar lo que ellos calificaban de asesinatos.

Asesinatos.

Al fin y al cabo, era eso. No había otra forma de definirlo. Mary Lou había evitado esa cruda realidad durante todo el trayecto hasta Atlanta, un trayecto bastante largo, por cierto. Había estado divagando y recordando su infancia, sentada en el sótano de la casa de Buell, escuchando el Evangelio. Qué sencillas parecían las cosas entonces, qué claras y diáfanas. No había nada que no se pudiese superar mediante el trabajo y la

oración. No había nada que el espíritu no pudiese aceptar, ya que Dios nunca te sometía a un castigo tan duro que no pudieses soportar.

Puesto que no había estado nunca dentro de la clínica, al principio se quedó un tanto perpleja al ver lo limpia y acogedora que era. Por fuera parecía oscura e imponente, como una cámara de gas. En el interior había folletos sobre la adopción, pósteres que hablaban de planificación familiar y, aunque resultase increíble, información sobre los cuidados posparto. Nunca había imaginado que la clínica fuese también un gabinete ginecológico donde las mujeres se hacían pruebas periódicas de Papanicolaou y recibían asesoramiento. Sin embargo, lo más sorprendente eran las fotografías de niños que vio en el tablón de anuncios: críos vivos a los que los médicos que trabajaban en la clínica habían ayudado a venir a este mundo.

Con repentina claridad, se dio cuenta de que no podía continuar con aquello. Le sonó el estómago, pero no por un malestar matinal, sino porque el miedo que sintió fue tan intenso que sus intestinos se encogieron como si los hubiesen estrujado con un garrote.

Justo en el momento en que la enfermera llamaba a la «señora Stephens», Mary Lou salía por la puerta. De camino hacia el coche, pensó que necesitaba aire. Consciente de que estaba en Atlanta, empuñó las llaves, dejando que la más afilada sobresaliese por si la atacaban. Nadie lo hizo, pero, cuando se acercó al automóvil, vio que había un hombre apoyado en él.

—Buenos días, hermana —dijo mirándola de arriba abajo como si fuese un granjero examinando una vaca que pretendía comprar. Era un hombre de aspecto sucio, obviamente un vagabundo. Tenía los brazos cruzados, como si le sobrase todo el tiempo del mundo.

—Apártese, por favor —le pidió Mary Lou, empleando un tono que no tenía nada de amenazante.

—Viene de allí —respondió el hombre señalando la clínica—. La he visto salir.

—No —mintió ella, intentando respirar por la boca, ya que el viento había cambiado de dirección y podía olerle—. Por favor, quítese de en medio o llamaré a la policía.

El tipo volvió a mirarla de ese modo. Mary Lou se sintió ofendida. Era la misma forma en que la miraba William, la misma que empleaba Brian y la misma que había utilizado Stephen últimamente. Una mirada que dejaba entrever que ella no suponía una amenaza, que podía ser manipulada al antojo de cualquiera. Mary Lou estaba dispuesta a soportarla de ellos, pero no de ese extraño tan harapiento y tan poca cosa. Una oleada de rabia la dominó. Sin pensárselo dos veces, se abalanzó contra él, intentando clavarle las llaves. Soltó un grito primitivo al atacarle.

De vuelta a Lahar, no dejaba de pensar en lo que había hecho. Se había ensañado con él. Se había abalanzado sobre aquel hombre tan delgado con una ira desconocida. La rabia la había invadido como una marea, erosionando su juicio y no dejando nada a su paso, salvo una estela de odio imposible de contener. Una parte de ella había

deseado matarle y, lo que resultaba más increíble, otra parte habría sido capaz de hacerlo. Mary Lou jamás había pensado que tendría la fuerza necesaria para defenderse, y mucho menos ser el tipo de persona de la que alguien tuviera que protegerse.

Cuando miró por el espejo retrovisor, se sorprendió al ver que tenía sangre en las mejillas. Sabía que no era sangre del vagabundo, sino suya. Mary Lou se había arañado a sí misma al apartar las llaves para intentar pincharle en los ojos. De no haber retirado la cara en el último momento, le habría dejado ciego. Si no se hubiese ocultado debajo del coche más cercano cuando empezó a patearle, le habría golpeado hasta matarlo.

¿Qué le había pasado? ¿Qué había ocurrido en su interior para que Mary Lou Dixon se hubiese convertido en una persona capaz de asesinar a alguien?

Fue entonces cuando se dio cuenta de que era el niño. El niño era su pecado y se rebelaba contra ella tratando de quebrantarla. La única forma de liberarse de ese pecado era haciéndolo desaparecer.

La oración acudió en su ayuda. Durante una época, hacía años, cuando William nació, había dejado de rezar. Estaba tan ocupada con un niño pequeño que, cuando llegaba la noche, lo único que deseaba era dormir. Mary Lou había rezado sin demasiado entusiasmo en la capilla, pero, al trabajar en la iglesia, aquel acto se había convertido en una más de sus obligaciones. Además, cuando se sentaba en el banco los domingos, en lugar de concentrarse en sus oraciones, pensaba en que la silla del diácono necesitaba tapizarse, o en que tenía que recordarle a Randall que limpiase el polvo del rodapié del estrado. Luego, después de su experiencia carnal con Stephen, rezar le parecía una blasfemia. Buell le había inculcado la idea de que los predicadores eran una especie de mediadores a través de los cuales se podía llegar a Dios. Sin embargo, ella no veía a Stephen como un mediador. De hecho, cuando pensaba en él, lo único que veía era aquellos momentos en que se ponía detrás de ella, gimiendo de éxtasis, con la única finalidad de ver sus pechos colgando como las ubres de una vaca que llevaba mucho tiempo sin ordeñarse.

Mientras conducía de regreso de Atlanta, rezó pidiéndole a Dios que la liberase de sus pecados. Rogó para que no la quebrantase más, para que la perdonase sin quebrantarla por completo. Rezó para que comprendiese su situación. Sin embargo, cuando sintió que sus oraciones fracasaban, rezó para que le diese fuerzas para hacer lo que debía hacer.

Y lo que tenía que hacer, obviamente, era suicidarse. Esa era la única solución a su problema. Mary Lou trataba de justificar su acto pensando que William sería mucho más feliz viviendo con su padre. Brian, sin duda, se sentiría muy satisfecho de poder librarse de ella. Por su parte, Stephen estaba buscando la forma de echarla de la iglesia y de su vida, pues se había convertido en un constante recuerdo de su debilidad. No era una buena esposa ni una buena madre, ni siquiera una buena amante.

Lo único que deseaba era hacerlo bien. Leyó sobre el suicidio y meditó sobre sus opciones de la misma forma que había leído el *Consumer's Digest* durante el otoño para ver qué refrigerador le convenía más. Decidió que el mejor modo de hacerlo era utilizando una pistola, pero no tenía bastante dinero para comprarla; además, en Lahar resultaba tan difícil adquirir una como abortar. Le pedirían las huellas dactilares, y tendría que esperar durante un tiempo para ver si se la daban. Mary Lou se planteó por unos instantes si las personas que escribían aquellos catálogos hablando de que Estados Unidos se estaba yendo al garete sabían lo mucho que costaba conseguir aquellas cosas contra las cuales los prevenían.

Tomar pastillas también era una forma de acabar con todo, pero no sabía dónde conseguir las, y temía que, si le preguntaba a William, no solo se lo dijese, sino que incluso le diera algunas de las suyas. Además, aunque supiese dónde adquirirlas, estaba segura de que las drogas ilegales costaban mucho dinero, y después de las dos visitas que había hecho a los médicos estaba sin blanca. Tenía algunos vólumins de cuando se divorció de Brian, ya que el médico había sido lo bastante amable como para darle algo que aliviase su desconsuelo, pero sabía que sería muy difícil matarse de una sobredosis con las diez pastillas que le quedaban. Su casa no tenía garaje, por lo que tampoco podía encerrarse en él y dejar el motor en marcha para morir intoxicada por los gases del tubo de escape. Pensó que morir mientras dormía sería la forma más placentera de dejar este mundo.

Cortarse las venas le pareció una buena idea durante un rato, pero luego pensó que William la encontraría bañada en aquel charco de sangre. No es que le preocupase que aquello le afectase emocionalmente, sino más bien todo lo contrario, ya que puede que incluso le gustase y, con eso, ayudara a crear otro Ted Bundy o Jeffrey Dahmer, aquellos famosos asesinos en serie.

Por ese motivo, durante varios días después de su viaje a Atlanta, Mary Lou estuvo pidiéndole a Dios que le mostrase la mejor forma de suicidarse. Aunque resultase extraño, encontró la señal en un folleto. Habían pasado cuatro días exactamente desde que estuvo a punto de matar al vagabundo, y aún no se había recuperado de aquella experiencia. Solía tirar el correo basura, pero por alguna razón había empezado a leer todo lo que llegaba a la iglesia como si su vida dependiese de ello.

Leía las ofertas que aparecían en el *Reader's Digest* de principio a fin, y llegó incluso a introducir los datos de su joven pastor en un concurso donde se podía ganar un millón de dólares (aunque sabía que, si él ganaba, la iglesia no vería ni un céntimo). El catálogo era de un color rosa brillante, lo cual debería haberla puesto ya en alerta, aunque en ese momento fue incapaz de percatarse de nada. Casualmente abrió el catálogo y vio la imagen de una percha doblada, con la punta ennegrecida, porque las organizaciones en favor del aborto no podían permitirse catálogos en color como la iglesia. El titular rezaba: «¿Quieres que las mujeres vuelvan a practicar abortos ilegales?».

La respuesta de Dios, obviamente, era que sí.

De no haberse escabullido, Mary Lou probablemente habría matado al vagabundo. Si había sido capaz de herir a aquel tipo, ¿cómo no iba a ser capaz de herirse a sí misma? Y si era capaz de contemplar su propia muerte, ¿cómo no iba a ser capaz de presenciar la muerte de aquello que le causaba tantos problemas?

En ese momento dejó de rezar, convencida de que había encontrado la respuesta de Dios. No había necesidad de seguir molestándole, al menos hasta que se ocupara de aquello.

Lo más sorprendente de esa terrible experiencia fue el dolor. Algo le había hecho creer que estaba por encima de él, pero el sufrimiento fue tan intenso que perdió la conciencia durante el proceso. Cuánto tiempo estuvo inconsciente era algo que no sabía. Cuando recuperó el conocimiento, ya había oscurecido, y no se molestó en mirar el reloj. Al igual que una esquirra, sacarse la percha le dolió aún más que meterla. Había sangre, aunque no tanta como había imaginado. Era viscosa y de un color oscuro, no como la que se veía en televisión; por tanto, no era tan real, aunque la que le brotó después parecía mucho más creíble.

Tuvo retortijones durante toda la noche, pero seguía sin sangrar ni expulsar el feto. Lo único que deseaba era dormir. Aunque pensó que quizá moriría ahora que deseaba vivir, tampoco le importaba demasiado. Lo único que quería, y necesitaba, era dormir.

Transcurrió una semana y se le acabaron los días de baja. Puede que William se hubiese dado cuenta de que estaba enferma, pero no dijo nada. Mary Lou sabía cuándo salía o entraba por la música que procedía de su habitación. Actuaba como un temporizador. No había forma de saber lo que estaba haciendo, ni siquiera cuando ella por fin pudo levantarse.

Regresó a la iglesia porque estaba obligada a ello, no porque pudiese. Sabía que se aprendía mucho de las obligaciones, pero el primer día que regresó al trabajo le resultó tan duro que volvió a pensar en el suicidio. Notaba que la infección se extendía en su interior. No había sangrado mucho ni había expulsado nada, de eso estaba segura. Debería haber sangrado mucho más. Si la sangre no había salido, entonces es que aún estaba en su interior.

¿Qué podía hacer? Cualquier médico del hospital descubriría de inmediato lo que había hecho. Tampoco podía ver a su médico habitual, porque era un diácono de la iglesia. Afortunadamente, cuando los llamó para decir que tenía una sinusitis, le prescribieron algo por teléfono. Mary Lou no estaba segura de que las pastillas le estuviesen surtiendo efecto, pues sabía que los antibióticos eran un tanto engañosos. ¿Era lo mismo una sinusitis que la infección que estaba padeciendo en sus partes bajas? ¿Sería esa enfermedad lenta y asquerosa la que terminaría por matarla? ¿Había deshonrado a su familia, codiciado a su vecino y cometido adulterio por nada?

Deseaba rezar. Anhelaba poder hacerlo, hablar con Dios y pedirle consejo, pero no podía concentrarse plenamente en ello. Pensó incluso en hablarle en voz alta, confesarle sus pensamientos, pero ¿qué sucedería si alguien la oía? ¿Qué ocurriría si Stephen Riddle la escuchaba y renunciaba a ella denunciándola desde el púlpito? ¿Qué

sucedería si toda la iglesia averiguaba lo que había hecho y no la perdonaban? ¿Qué pasaría si perdía a los amigos que tenía y le arrebataban a William? Se quedaría sin nada, sin nada absolutamente, ni siquiera le quedaría un lugar donde poder rezar.

—¿Señora? —dijo Jasper desde la puerta trasera.

Ella se apartó de la ventana, preguntándose cuánto tiempo llevaría allí. Estaba de pie, al borde de la capilla; si hubiese llevado sombrero, lo hubiera sostenido en sus manos, tan llenas de heridas. Mary Lou se preguntó si Jasper se sentía incómodo en la iglesia. Parecía estarlo, ya que tenía los pies en el filo de la moqueta, como si no quisiese entrar en la sala santificada.

—Ya voy —respondió Mary Lou, que se apoyó en el respaldo de cada banco a medida que avanzaba hacia él.

Jasper hizo el gesto de tenderle la mano cuando llegó al vestíbulo, pero ella cruzó los brazos, dejándole claro que no necesitaba ayuda. Por la expresión distorsionada del rostro del hombre, se dio cuenta de que no tenía muy buen aspecto. Sentía escalofríos, a pesar del calor que hacía en el vestíbulo, y en la parte trasera de sus piernas notaba una especie de sarpullido, como si miles de agujas se le estuviesen clavando en la piel al mismo tiempo.

Cruzaron el aparcamiento poco a poco. El sol le pegaba de pleno en la cabeza. Lucía con tanta intensidad que parecía tener un color oscuro en medio de aquel cielo vespertino y sorprendentemente azul. Mary Lou tenía la vista fija en los caballetes, pero no pudo ver la cruz. Se tambaleó y tuvo que apoyarse en Jasper. Tenía la piel caliente. Notó los nervios de su brazo herido, la forma en que se contrajeron sus músculos al intentar sostenerla. Mary Lou cayó de rodillas como una penitente, con los brazos colgándole a los lados, tratando de aspirar aquel aire tan seco. El dolor en el abdomen fue tan intenso que cayó de bruces. Se golpeó el rostro contra aquel asfalto que era tan ardiente que el calor penetró en su ropa como el fuego del Infierno.

La invadió un terrible dolor, como si tuviese algo vivo en su interior y tratase de abrirse camino. Se agarró el estómago, gritó de agonía y cerró los ojos para no ver aquel agujero negro que era el sol. El intestino y la matriz se contrajeron y expulsaron su pecado sobre el asfalto. La sangre que no había derramado empezó a correrle entre las piernas como si fuese miel. Sintió algunos trozos de carne escurrirse por entre sus muslos como si fuesen enormes grumos de barro.

Se echó de lado. Los mexicanos retrocedieron rápidamente, como si alguien hubiese derramado ácido a sus pies. Al llevarse la mano a la boca, vio que estaba empapada de su propia sangre. El suelo estaba cubierto de ella, como si hubiera brotado petróleo. Miró al cielo, tratando de encontrar el sol y mirar aquel punto oscuro hasta que esa imagen le quemase los ojos para siempre, pero el enorme brazo de la cruz se interponía en su propósito. Los hombres seguían a su alrededor, incapaces de moverse, observando sus forcejeos de la misma forma en que verían un anuncio de la televisión.

Solo Jasper estaba arrodillado a su lado, cogiéndole las manos con la suya, negra y enorme, moviendo los labios de forma imperceptible. La piel de su cara estaba más tirante que nunca, su decoloración resultaba más evidente. Ella miró una vez más aquellos labios que habían perdido su color. Le hablaba. Mary Lou trataba de entender lo que decía, tan sorprendida por sus palabras que casi se olvidó del dolor. Una luz repentina le inundó el pecho. Notó que la fuerza de las palabras de Jasper le recorría el cuerpo como un bálsamo curativo. El tamborileo que resonaba en sus oídos al brotar la sangre empezó a difuminarse. Al inspirar, las palabras de aquel hombre penetraron en su cuerpo y las retuvo en sus pulmones hasta que se llenaron de tanto aire que pareció flotar.

—Dios todopoderoso —susurró Jasper a través de sus sonrosados labios—, permite a esta mujer ver tu luz. Acógela en tu reino y ayúdala a ver tu poder y tu gloria.

Mary Lou intentó darle las gracias, hacerle saber que sus palabras le habían proporcionado la paz que necesitaba. Se puso las manos entre las piernas, palpando a su hijo mientras gritaba a Dios, notando demasiado tarde la bendición del quebrantamiento.

1. En inglés coloquial «*pu*» significa «pendejo». (N. del T.)